

al objeto de determinar la influencia del servicio militar sobre dicha tasa.

La obra se completa con un apéndice documental, que reproduce once disposiciones relevantes reguladoras del papel educativo del Ejército, fechadas entre 1905 y 1932. Siguen dos series de gráficos indicativos de la tasa de alfabetización de la muestra manejada durante el período 1893-1953: una confeccionada con criterio territorial, en función de las actuales comunidades autónomas, y otra clasificada en ocho grupos ocupacionales. También se incluyen otros tantos gráficos representativos del nivel cultural de la muestra, deducido éste de la calidad grafológica de la firma existente en los respectivos formularios de alistamiento.

La investigación se basa en una muestra de 50.000 expedientes personales de soldados reclutados entre 1893 y 1954, y de cada uno de ellos se han entresacado 21 datos: filiación, profesión, experiencia laboral, nivel cultural, entre otros (p. 93). Al exponer su metodología, la autora pone de relieve que los expedientes ofrecen otras informaciones, ajenas al objeto de la obra, pero de gran interés para el especialista en historia social, como son los datos antropométricos, los referentes al aspecto físico, enfermedades crónicas, mutilaciones, malformaciones, etcétera.

Gloria Quiroga llega a la conclusión de que el Ejército realizó un «gran esfuerzo por alfabetizar y educar a sus reclutas durante el cumplimiento del Servicio Militar» (p. 165), y también que ello redundó en una disminución de cinco puntos porcentuales de media en la tasa de analfabetos de la población masculina, a lo largo del período contemplado (p. 168).

Ambas conclusiones son discutibles. La primera no queda suficientemente probada en el texto, y de la documentación manejada —normativa para la implantación y dotación de academias regimentales y para la regulación estadística de la tasa de alfabetización de la tropa— no se deduce que la mera publicación de unas cuantas órdenes ministeriales presuponga que se acometió con decisión la alfabetización efectiva del soldado. Para poder afirmar

que se realizó un «gran esfuerzo», sería conveniente investigar la situación real de dichas academias, lo que probablemente no esté a nuestro alcance con los medios hoy disponibles.

Respecto al segundo aserto, la propia autora matiza su total fiabilidad (pp. 142 y ss.) y admite que sólo ha podido contrastar la información obtenida en los censos correspondientes a 1920, 1930 y 1940 (p. 136). Pero, aun dando por buena la referida cifra del cinco por ciento, hubiera sido conveniente haber puesto de relieve que nunca se llegó a alcanzar el ambicioso objetivo marcado en cuantas leyes de reclutamiento se dictaron a partir de 1912: «Los reglamentos proveerán a la instrucción primaria del soldado, en términos que no salga de filas en estado analfabeto».

Un último apunte. Probablemente lo más trascendental de esta monografía no sea el detallado análisis estadístico del nivel cultural de los quince millones y medio de jóvenes que se incorporaron al servicio militar durante la primera mitad del siglo que acaba de finalizar, sino que su principal mérito se derive de haber desvelado a la comunidad científica el potencial y posibilidades que ofrecen sus expedientes personales, depositados en la Sección de Tropa del Archivo General Militar de Guadalajara, para los estudios de historia social y económica.

FERNANDO PUELL DE LA VILLA

RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, Luis E. y SÁNCHEZ LORA, J. L.: *Los siglos XVI y XVII. Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2000.

Es difícil realizar un libro de síntesis sobre el desarrollo cultural en la España que se mueve entre el primer humanismo y las fronteras imprecisas de la preilustración si se escoge, como aquí se ha realizado, como conceptualización de la «cultura» la realizada por Burke en 1990: «Un sistema de significados, actitudes y valores compartidos, así como de formas simbólicas, a través de las cuales se expresa o se

encarna». Dicho desde aquí y estrictamente se diría que el presente libro, un ensayo, es una valiosa aproximación, pero que no cuaja plenamente el título. Y sin embargo, la obra que conscientemente y valiosamente adopta un doble nivel de articulación (cultura letrada/sensibilidad vital), en tanto que pretende tal búsqueda de interrelación, es en estos momentos como ensayo histórico uno de los mejores existentes en el panorama bibliográfico hispano.

El período escogido (ss. XVI y XVII) es acertado, sin duda, y también el esquema organizativo general: se parte de lo que los autores llaman los modelos globales de sentido (Renacimiento y Barroco), para abordar a continuación algunos aspectos de la cultura académica («sabia, o también racional») por una parte, y otros relacionados con las mentalidades, las sensibilidades y los comportamientos.

Sobre el panorama de fondo se presta atención a la cultura académica y literaria y se seleccionan relatos de una cotidianidad hecha de mentalidades, integrando por alusiones múltiples signos artístico-culturales como ejemplos significantes de las categorías culturales estudiadas.

Cuatro grandes capítulos. El primero para trazar una síntesis sobre el humanismo y el pensamiento renacentista italiano y su influencia sobre diversos órdenes de la vida social, en Italia y en España. El segundo para trazar el mundo barroco y de contrarreforma en una España que particularmente se enquistaba en una atmósfera tradicionalista. El tercer capítulo («Cultura académica, humanismo y nuevas ciencias» recorre lo más granado del humanismo literario castellano, nos abre las puertas al mundo universitario salmantino (con sus diversas facultades, estudios, obras de estudio de referencia, los profesores más notados y las controversias), y nos acerca a las preocupaciones científicas (medicina, química, biología, matemáticas, astronomía y física experimental); un capítulo en el que Rodríguez-San Pedro vuelca sus profundos conocimientos sobre la vida universitaria salmantina de aquellos momentos, y nos recuerda también las contribuciones de García Carcel (1989) y otros. Por fin el cuarto capítulo, el más precario desde mi

punto de vista, busca un acercamiento a los márgenes mentales (religiosidad y culto, supersticiones y costumbres, la picaresca y la marginación). Aquí es donde, según creo, el ensayo de Gloria Franco Rubio (*Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*)¹ es un buen complemento del capítulo anterior, como lo es también y particularizadamente para Galicia el de Ofelia Rey *Galicia clásica e barroca*².

Este ensayo de Rodríguez-San Pedro y de Sánchez-Lora es por todo lo dicho una buena guía alrededor de la que se pueden hacer pivotar lecturas complementarias, entre ellas, por ejemplo las de Ariès/Duby, Cárceles Laborde, García Carcel, Kristeller, Julia Varela, o las ya citadas de Gloria Franco y de Ofelia Rey, sin olvidarse del pequeño clásico de R. Kagan³.

ANTÓN COSTA RICO

RUIZ BERRIO, J. (ed.): *La cultura escolar en Europa. Tendencias emergentes en Historia*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, 332 pp.

Los importantes cambios que se están produciendo en la metodología de la investigación histórico-educativa proponen nuevos retos que deben ser motivo de reflexión y debate para analizar mejor dichos procesos. De esta manera, nos complace presentar este libro en el que se recogen

¹ FRANCO RUBIO, G.: *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla, Megablum, 1998, 273 pp.

² REY CASTELAO, O.: *A Galicia clásica e barroca*, Vigo, Galaxia, 1998, 318 pp.

³ ARIÈS y DUBY (eds.): *El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII*, t. V de *Historia de la vida privada*, original en francés de 1885; CÁRCELES LABORDE: *Humanismo y Educación en España (1450-1650)*; 1993; GARCÍA CARCEL: *Las culturas en el siglo de Oro*, 1989; KRISTELLER, P. O.: *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, original de 1979; VARELA, J.: *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*, 1983; KAGAN, R.: *Universidad y Sociedad en la España Moderna*, orig. de 1974.